



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

DOS PUNTOS DE VISTA UWE JOHNSON

Traducción de Iván de los Ríos



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2011

TÍTULO ORIGINAL: *Zwei Ansichten*

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut which is funded by the German Ministry of Foreign Affairs



© Suhrkamp Verlag Berlin, 1965

© de la traducción, Iván de los Ríos, 2011

© Errata naturae editores, 2011

C/ Río Uruguay 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-12-1

DEPÓSITO LEGAL: xxxxxxxx

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Para S. B.

El joven señor B. logró echarle el guante a una buena cantidad de dinero y se compró un deportivo.

Había ganado más de lo necesario vendiendo diariamente fotografías a la sección local del periódico comarcal de un pueblo del Holstein. No obstante, continuaba viviendo en un cuchitril amueblado encima del cine y conducía un coche que ya tenía diez años y del que, entretanto, habían llegado a fabricarse cinco mil unidades diarias.

Después consiguió vender por segunda vez fotografías de los dos últimos años en un volumen que el ayuntamiento distribuía entre turistas, veraneantes, matrimonios veteranos, alcaldes en retirada y representantes de la industria. Tras los dos mil ejemplares, B. hubiese podido comprar un nuevo coche de la marca antigua.

Por desgracia, el negocio sólo salió adelante después de la renuncia de B. a algunas fotografías que mostraban el verdadero rostro de la beneficencia municipal con los ancianos y necesitados. Días después, mientras se afeitaba, aún retiraba el rostro al encontrar sus ojos en el espejo. Cuando se le terminaron las tarjetas de visita, ordenó imprimir su número de cuenta en la nueva tirada.

Hábil y voluntarioso, se ponía de rodillas, se doblaba por las caderas y el espinazo, se tumbaba boca arriba y boca abajo, se acuclillaba, se agachaba, se arrodillaba, sostenía la cámara lateralmente, se la ponía encima de la cabeza y disparaba. Estaba ahorrando.

Por fin, un deportivo con matrícula extranjera se despistó a causa de las obras veraniegas en las calles de la ciudad y, dando tumbos, terminó cayendo en la presa. El joven señor B., que fotografiaba el rescate, entabló conversación con el dueño del coche. El hombre habría aceptado menos dinero con tal de abandonar cuanto antes el vehículo accidentado y la ciudad desconocida. B. le mostró su extracto bancario, regateó sobre los costes de reparación y le dio los ahorros de cinco años a cambio del Ponton rojo y chorreante que la grúa izaba de las aguas polvorientas. B. no se consideraba supersticioso.

La reparación también afectó al salario de los meses venideros, pero un coche semejante se presentaría

una sola vez en un radio de doscientos kilómetros. Además, se extendió el rumor de las habilidades de B. para las negociaciones y éste aprovechó el impulso para subir el precio de sus fotografías. De manera que no le importó regalar el trasto viejo a aquella chica a la que en enero había abandonado por otra.

La primera vez que el coche, limpio y a salvo, pasó la noche en el patio del cine, B. no pudo dormir. Esto sucedió en julio. Cada tres días se aplicaba a fondo en la limpieza con agua y abrillantadores, frotaba los asientos de cuero, los dejaba relucientes, limpiaba el barniz. Incluso en días secos y polvorientos, aquella cosa de piernas largas y adicta a los adelantamientos tenía en el arroyo el mismo aspecto que si estuviera en un escaparate. Se sentía agradecido por la admiración de los jóvenes que se agolpaban a su alrededor y les llevaba a dar una vuelta de un lado a otro de la plaza del mercado.

Era consciente del ligero inconveniente que suponía aparecer con semejante bólido en las inauguraciones, los incendios de graneros y accidentes de tráfico. Al propietario del periódico no le gustaba que los demás pudieran pensar que su trabajo daba tanto dinero. B. también creyó observar que el coche se lo ponía más fácil con las chicas, y en una ocasión estuvo a punto de preguntárselo a una sin rodeos. Pero lo olvidó a consecuencia del poderoso rugir de la

máquina sobre el pavimento de la carretera de circunvalación —ampliada a tres carriles— que recorría todas las noches en honor al motor.

Conducía el coche como el que lleva puesto un reloj, no podía vivir sin él. El suave cerrar de las puertas, la costosa insignia de la fábrica, los radios de las ruedas, la mancha roja en el patio, gris como un agujero, todo le resultaba imprescindible. A veces se acercaba a la ventana con el único fin de contemplarlo. Cumplió veinticinco años en agosto de 1961.

Por desgracia, aquel mismo mes le robaron el coche. En ese momento se encontraba en Berlín Oeste, y cuando, la segunda mañana, a medio asear, se acercó a la ventana y sacó su cuerpo voluminoso y sudado a la calle, el aparcamiento bajo el tenue enrejado de neón del hotel estaba vacío. Había una gota de aceite en el sucio pavimento. En medio de las furgonetas de reparto, los semáforos, las calles llenas de tiendas, la cómoda calzada, bajo la frágil luz de la mañana, sintió inesperadamente que le faltaban muchas cosas.

La enfermera D. aún no llevaba mucho tiempo trabajando en un importante hospital de Berlín Este cuando la administración le ofreció una plaza en la residencia de enfermeras del complejo hospitalario. Desde sus espaldas, la luz verdosa del jardín oscurecía el rostro del hombre sentado detrás del escritorio; una plaza en una habitación con dos camas era todo un privilegio, decidió quedarse en pie.

Vaciló en la respuesta con el fin de ganar algo de tiempo. Vio cómo el funcionario la comparaba con la fotografía que encabezaba el cuestionario y empezó a fingirse rubia, inocente y digna de confianza, tal y como el funcionario quería creer. Se sintió como en la escuela.

Rechazó la oferta. Aparentó modestia, mencionó el afecto por su familia, por la cual prefería viajar dia-

riamente una hora de ida y otra de vuelta a Potsdam¹, antes que quitarle la dignidad y el puesto a una empleada más antigua. Estuvo a punto de hacer una reverencia.

Se le preguntó: «En su trayecto a través de Berlín Oeste, ¿no se baja de vez en cuando? ¿Por curiosidad o por lo que sea?».

Se sentía menos segura. No quería dejar una plaza libre a sus compañeras para buscar otra en la zona occidental. No quería ser recompensada por su habilidad y por su celo en el trabajo, ya que las enfermeras más antiguas la habían contratado y la tenían por una mujer trabajadora. Esperaba poder conseguir de otro modo el permiso de residencia en Berlín Este. En el ala de enfermeras siempre podía una ser reclamada para servicios especiales y reuniones. No le habría gustado que el portero de la finca tuviera que conocer a todos sus amigos.

Sonrió radiante y dijo: «Hace tiempo que no». Lo dijo con un tono más serio. Por desgracia, al decirlo, el apuro le hizo colocar las manos juntas sobre el pecho. Seguía molesta consigo misma por semejante torpeza cuando la enviaron de vuelta al trabajo.

¹ Berlín Oeste era un enclave perteneciente al espacio económico de la República Federal Alemana (RFA), dentro del territorio de la República Democrática Alemana (RDA), por lo que, antes de la construcción del muro de Berlín, en 1961, los ciudadanos de la Alemania Oriental lo atravesaban a menudo. Potsdam, al suroeste de Berlín, pertenecía a la RDA y quedó fuera de Berlín Occidental después de 1961. El muro no sólo aisló a Potsdam respecto a Berlín Occidental, sino que, además, duplicó el tiempo que se tardaba en llegar a Berlín Oriental (N. del T.).

Su madre creía que ella vivía realquilada en casa de una amiga. No era una mujer cariñosa. Los hijos la obligaban a vivir sola, y le había decepcionado profundamente que la hija no abandonara la Alemania Oriental después de que le hubiera sido negado el permiso para asistir a la escuela superior y realizar estudios de medicina. La hija tendría que haber llegado más lejos. La madre discutía con ella en la cocina, con nadie más; a los hermanos apenas les dejaba jugar tranquilos al *skat*², les interrumpía con preguntas sobre la salud y los agujeros en la ropa interior, después se iba corriendo a comprarles cerveza. D. viajaba a Potsdam muy de vez en cuando.

Había alquilado en secreto una habitación amueblada en el extremo norte del centro de la ciudad, en casa de una viuda huraña. Era más cara que la residencia de la clínica. Después de la casa de sus padres y de la escuela, aquella habitación gris con muebles pegajosos y manoseados significó para ella el primer intento de vivir por su cuenta.

También necesitaba la dirección postal para recibir las cartas de un joven alemán de la zona occidental con quien había comenzado algo en enero, una historia de amor, un lío, una semana, una relación, un comienzo; no conocía la palabra y no sabía por qué.

² Juego de naipes para tres participantes muy popular en Alemania (N. del T.).

Al terminar la semana, ella le había impedido regresar a medianoche a Berlín Oeste; quería ver si él temía los inconvenientes que supondría un permiso de visita caducado. Él mencionó los inconvenientes, pero repitió una divertida frase de amor. También quería ver si podía tomar una decisión por sí misma. Ella no le esperaba tan pronto, pero él regresó en marzo.

Después de la entrevista para el puesto en la residencia de enfermeras, se mostró pasiva en su trabajo, indiferente, casi rebelde, para que sus cartas no tuviesen que pasar por la oficina de correos del hospital y para poder estar sola por las noches en la oscura habitación interior: le gustaba el modo en que el aire suave del verano adquiría sabores salobres entre los restos chamuscados del muro. A veces salía a bailar, pero lo que más le gustaba era estar sola después del trabajo, sentirse cansada y con la sensación de tener muchas cosas en que pensar. Enseguida cumplió veintiún años.

Cuando cerraba la puerta de aquella habitación en la que nadie la suponía, se sentía casi orgullosa. Tenía algo que defender, se había propuesto oponer resistencia, conseguirlo.

El lujoso deportivo había envarado al turista B. en su última visita a Berlín Oeste. Se creía con el mismo derecho que cualquier otro en las hileras de coches que luchaban por encontrar sitio entre los bloques de viviendas; había frenado con más ímpetu ante los peatones, se había lanzado con mayor desparpajo por regiones desconocidas. En los restaurantes, las llaves no habían permanecido mucho tiempo en sus bolsillos; las dejaba encima de la mesa, a la vista de todos. Al regresar, le había gustado ver a los transeúntes agolpados alrededor del exótico automóvil, sorprendidos al ver la matrícula de provincias. Montar con calma, arrancar, mirar por encima del hombro. A pesar de lo inapropiado de dicha actitud para los habitantes de una gran ciudad, se sentía seguro ante todos